

## INTRODUCCION

*Beatriz Pastor*  
*Raúl Bueno*  
*Dartmouth College*

Los trabajos incluidos en el presente volumen desarrollan diversos aspectos de la problemática fundamental que se discutió de forma más extensa en el simposio "Latin America: New Direction in Literary Theory and Criticism", celebrado en Dartmouth College en abril del presente año, con la participación de ex-investigadores del Centro de Estudios Literarios Rómulo Gallegos y otros estudiosos, y la presencia de una delegación de la Fundación Biblioteca Ayacucho de Venezuela, presidida por el Dr. José Ramón Medina. La transcripción de buena parte del debate desarrollado durante las sesiones de presentación de los trabajos recoge las líneas centrales que tomó la indagación suscitada por las cuestiones presentadas en las ponencias.\*

El intento de estrechar lazos y coordinar investigaciones en un paso preliminar hacia la formulación de una teoría de las literaturas latinoamericanas se sitúa en la línea de una serie de trabajos individuales o de grupo que han ido sucediéndose a lo largo de las últimas décadas. Bajo los auspicios de organizaciones y centros culturales de composición y alcance tan diverso como Casa de las Américas en Cuba, el mencionado Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG) en Venezuela, el Institute for the Study of Ideologies and Literatures de la Universidad de Minnesota o la Asociación para el Estudio de las Literaturas y la So-

---

\* Algunas ponencias se transcriben en versión corregida por los autores. Esto explica que en algunos casos se produzca una cierta falta de correspondencia entre los textos y los debates. La transcripción fue hecha por Juan Zavallos.

ciudad de América Latina (AELSAL) en Alemania -por sólo citar unos pocos- la doble necesidad de sentar las bases para una redefinición radical de la crítica literaria latinoamericana, sus premisas teóricas, sus metodologías y su objeto, por una parte, y de abordar esta tarea con una voluntad de colaboración sostenida, por otra, ha ido tomando cuerpo desde los casi míticos -y ya mitificados- años sesenta.

A partir de esa década, en un fenómeno cuyo impulso inicial debe mucho, sin duda, al impacto en el mundo de la llamada "nueva novela latinoamericana", los estudios literarios en América Latina pasan por lo que podríamos llamar un proceso acelerado de reajuste y reorientación, al mismo tiempo que de masiva producción de discursos críticos e histórico-literarios. De hecho, en poco menos de treinta años se ha producido mucha más información sobre lo literario en Latinoamérica, y con más diversidad de enfoques, que en toda la historia anterior de la disciplina. Algunos hechos vienen a confirmar de forma clara esta afirmación. Para comenzar, cualquier repertorio bibliográfico general muestra una expansión notable a partir de 1960. Por ejemplo, para el caso del Brasil, la cronología y la relación bibliográfica incluidas por Wilson Martins en su *A Crítica Literária no Brasil* (1983) revela, en poco más de veinte años, los que van de 1960 a 1981, un aumento de producción tal que casi duplica lo producido en doscientos años de ejercicio del género en dicho país. Por otra parte, surgen de América Latina nuevas instituciones editoriales como Casa de las Américas o la Fundación Biblioteca Ayacucho, vivamente interesadas en promover no sólo los textos literarios que publican, sino también -y de ahí la importancia que les asignamos- las descripciones, los juicios críticos, las valoraciones y las polémicas que esos textos suscitan. Las ediciones de obras fundamentales precedidas de estudios críticos -ya no sólo de sugerentes prólogos o introducciones-, así como los volúmenes antológicos de "valoración múltiple" de un escritor o de un fenómeno literario (escuela, movimiento o género, de orden regional o subregional), se vuelven en cierto modo una norma. Así, editar literatura latinoamericana en América Latina deja de ser un acto más o menos filantrópico, para convertirse en la plasmación de un proyecto cognoscitivo de largo alcance, ligado a problemas de identidad, evolución histórica y desarrollo social del continente, según éstos son percibidos en las distintas obras literarias latinoamericanas. Ello genera, en un efecto multiplicador de riqueza sin precedentes, una diversidad de discursos críticos que requieren nuevos canales de expresión: ya no sólo las tradiciona-

les secciones de crítica de las publicaciones periódicas, sino revistas íntegramente volcadas a la crítica, y aún a la teoría de la literatura latinoamericana (recuérdese, entre otros, el caso ejemplar de *Problemas de literatura* de Valparaíso, brutalmente silenciada por la dictadura de Pinochet en 1973, un año después de su aparición).

Muchos son los factores que intervienen en la transformación de los estudios literarios descrita en los párrafos anteriores. Sin entrar en mayores explicaciones, debemos señalar que en la base del fenómeno se encuentra, sin duda, una vasta red de hechos y procesos socio-económicos y culturales propios de ese período histórico, cuyo conjunto marca la modulación y polarización de las ideas y conciencias en el mundo, y en especial en América Latina. El creciente proceso de emancipación de países del tercer mundo y la intensificación de la lucha llevada a cabo por los frentes revolucionarios de liberación nacional en países centroamericanos, africanos y asiáticos; la Revolución Cubana; la aceleración del proceso de internacionalización de la economía mundial, que va aparejado con el fortalecimiento y la extensión de las empresas transnacionales y su capacidad de intervención en países cuyos gobiernos no les son favorables; la vertiginosa ampliación de los sistemas de comunicación y en especial de los medios de información y de comunicación masiva; el desarrollo sin precedentes de mecanismos de control -de eficacia y alcance nunca vistos- que lleva consigo el uso generalizado de la computadora; la intensificación de la lucha en reivindicación de la identidad nacional y de la integridad territorial usurpadas o manipuladas por las grandes potencias -Palestina, Irlanda del Norte; el desmantelamiento formal de los últimos poderes políticos imperiales, y en especial del Imperio Británico; el movimiento de Países No-Alineados; el surgimiento de un nuevo eje de relaciones bilaterales entre las naciones del mundo: el eje Norte-Sur; el aumento vertiginoso de la deuda de los países tercermundistas, alentado por los propios países centrales hasta proporciones francamente impagables; el peligro de una nueva crisis económica generalizada; y la vivencia cotidiana de la amenaza nuclear a escala mundial son algunos de los elementos que delinean la realidad histórica contemporánea.

En esa coyuntura histórica se ha ido haciendo paulatinamente indispensable una reevaluación de las relaciones entre centro y periferia y una redefinición dentro de ese contexto, de las relaciones entre culturas hegemónicas y culturas marginales con respecto a los centros del poder, así como una crítica a fondo de las diversas

formas de distorsión y mutilación que resultan del ejercicio cultural excluyente que implica el discurso cultural hegemónico de Europa y Norteamérica. Hacia ese reenfoque radical se dirige el quehacer reciente de la literatura latinoamericana y de su crítica literaria. La primera resolviéndose por una mayor autonomía poética; y la segunda entendiendo que su labor en el momento actual, en un continente que busca salidas históricas para su compleja problemática, y en un mundo vertiginosamente cambiante, en que la cultura ya no es **la** cultura, sino **las** culturas, en que la literatura es, consecuentemente, **las** literaturas, consiste en revelar cómo se organizan el mundo y la comprensión del mundo, y cómo se estructuran la realidad y los distintos discursos culturales que la significan y la constituyen, entre ellos los discursos que llamamos obras literarias.

Los años setenta llevaron consigo el predominio de los llamados estructuralismos. Era la época en que los estudiosos latinoamericanos que habían hecho su especialización en universidades europeas reegresaban, llenos de entusiasmo y de ideas, a sus universidades y países de origen, dispuestos a librar batallas en dos frentes epistemológicos: contra los impresionismos de toda índole que entendían a la crítica como un arte, como un privilegio de la subjetividad, y contra la estilística, en particular, que había tomado el espacio académico latinoamericano con sus pretensiones de cientificidad. Los críticos nutridos de semiología, semántica estructural, las nuevas poéticas y retóricas, y de lo que en general se llamó el neo-formalismo, pudieron desarrollar sus discursos, en parte favorecidos, sin embargo, por los fundamentos de cientificidad que ya había aclimatado la década anterior. El modelo sígnico de la obra según Dámaso Alonso, el modelo fenomenológico de los estratos textuales, o las críticas del New Criticism a las llamadas falacias intercional y afectiva, por ejemplo, permitieron la legibilidad y la aceptación relativas de modelos como el semiológico general de Roland Barthes o el textual de Tzvetan Todorov (en su ensayo sobre la descripción de la significación literaria). El modelo de A. J. Greimas, por otra parte, carecía de antecedentes visibles en la crítica latinoamericana, al situar su objeto de estudio en la estructura del contenido, dejando de lado los problemas de manifestación textual (el lenguaje, la expresión textual) que habían interesado notablemente a estilísticos y fenomenológicos, para investigar tal estructura del contenido en los términos de la narratividad. Quizás por ser la semántica estructural (la semiótica narrativa greimasiana) la disciplina entonces más exhaustiva, al mismo

tiempo que la más restringida en su campo de acción, los estudios literarios que impulsó durante los años setenta se arrogaron un mayor grado de inmanencia textual y de cientificidad. En Latinoamérica esta situación fue vivida, por supuesto, con más énfasis que en Europa, culminando, en algunos casos, en un grado de inmanentismo y en un ensimismamiento terminológico que bordeaba la ininteligibilidad.

Otra corriente, sin embargo, venía instalándose en el ámbito académico de los estudios literarios latinoamericanos, en respuesta al inmanentismo teórico-literario proclamado por los neo-formalismos. La de un análisis histórico-social de los textos, que entroncaba con el llamado estructuralismo genético de Lucien Goldmann, con la semiótica soviética (Y. Lotman en particular) y con las teorías de la productividad textual francesas (P. Macherey, F. Verney) y anglosajonas (R. Williams, T. Eagleton, F. Jameson). El avance de estas corrientes consistió en considerar el texto en relación con los factores de la producción textual. Es decir, aquellos factores que, junto a la voluntad constructiva del autor, y a veces a espaldas de ella, condicionan tanto la estructura significativa del texto, como su significación y sentido sociales.

Se vive entonces, en América Latina, una doble polaridad con relación a la crítica literaria y a la teoría que le sirve de fundamento: por un lado se debate la condición artística o científica de la disciplina crítica; y, por otro lado, cuando la balanza se inclina significativamente en favor de una cientificidad del quehacer crítico, se debate el grado de inmanencia del objeto científico de la crítica, es decir, el texto considerado de forma aislada, o en relación con sus contextos inmediatos y sus factores de producción.

Pero la década de los setenta fue también, como se sabe, la de las demandas de constitución de una teoría y una crítica de la literatura latinoamericana, que superaron los límites distorsionadores que derivaban de una consideración de la literatura y los textos literarios latinoamericanos desde perspectivas ajenas y con el instrumental de los estudios literarios europeos y norteamericanos. No es posible, sostenía en 1972 Mario Benedetti, que la literatura latinoamericana, "en su momento de mayor eclosión", siga siendo juzgada con ayuda del material crítico-teórico válido para la literatura europea. Y, paralelamente, en un importante ensayo de ese mismo año, y en otro de 1974, Roberto Fernández Retamar atendería ese reclamo y comenzaría a sentar las bases para la constitución de una teoría de la literatura latinoamericana. Ahí se inició verdaderamente el proceso revolucionador de los estudios literarios de es-

ta parte del continente. Un proceso que comenzaría por revisar el estatuto epistemológico de la disciplina, y por afirmar la complejidad del campo literario latinoamericano, cuya variedad hace indispensable el referirse a literaturas latinoamericanas, en plural, y obliga a teorizar ámbitos más o menos parciales, elaborando luego una suerte de macrosistema que los comprenda y articule a todos. Y, simultáneamente, daría por sentado que una teoría de la literatura latinoamericana no puede encasillarse en un inmanentismo textualista, que impediría el conocimiento de los factores histórico-sociales que explican la variedad y la diferencialidad de los sistemas y subsistemas literarios latinoamericanos, sino que tiene que abrirse al conocimiento de lo que en términos generales se llama la productividad textual, sin dejar de lado los aspectos de la textualidad y de literariedad que iluminan el conocimiento de las variedades y singularidades literarias de esta parte del continente.

Entre las primeras comprobaciones hechas por esta nueva actitud teórico-crítica latinoamericana tenemos la de una necesidad de regreso a las fuentes, esto es, de entronque con el pensamiento crítico de épocas precedentes, el de Martí, Mariátegui, o Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, autores que habían vislumbrado la índole de la literatura y de los estudios literarios latinoamericanos más o menos en los términos en que éstos son debatidos desde los años setenta. Como bien señala Nelson Osorio, la preocupación por la científicidad de la disciplina crítica en Latinoamérica no es nueva, ni comenzó con la actual generación de estudiosos de la literatura. Ya entre 1944 y 1957, con trabajos de A. Reyes, P. Henríquez Ureña, A. Ponce, J.A. Portuondo, A. Cándido y otros se evidencian preocupaciones semejantes, y se da un paso importante hacia el rigor, la autonomía y el profesionalismo, de la disciplina. Sobre todo con los dos últimos, quienes sin duda pueden ser considerados maestros de las tendencias más renovadoras de los actuales estudios literarios latinoamericanos: las tendencias que vinculan productivamente literatura y sociedad, producción literaria y organización social en América Latina.

En el contexto de la recuperación de esta corriente del pensamiento crítico latinoamericano es también posible toda una reevaluación de algunas implicaciones fundamentales de la condición periférica de nuestro continente. Los países de América Latina padecen una dependencia cultural, inseparable del colonialismo económico y político que caracteriza su situación en el mundo occidental, que les obliga a vivir como propios los valores y los signos culturales de Europa Occidental y, más recientemente, de los Esta-

dos Unidos de Norteamérica. Ello hace que los latinoamericanos se sientan obligados a conocer los registros culturales y literarios hegemónicos al mismo tiempo que los suyos propios. Mas ahí radica, justamente su ventaja. Roberto Fernández Retamar había apuntado en su memorable ensayo "Calibán" - de 1971- que precisamente la condición centralista del colonizador le impedía tener una visión global de su propia cultura, al revés de lo que sucedía con el colonizado que tendía a conocer la literatura europea en su conjunto. Se puede impulsar esta idea hasta posiciones ventajosas, al sostener que, en cuanto al conocimiento cultural se refiere, el hombre colonial tiene una información más amplia y totalizadora, no sólo porque a más de conocer su propia cultura tiene que conocer la del colonizador, sino porque de la necesaria confrontación de culturas y sistemas se desprende una razón, un entendimiento, que trasciende la mera agregación de sistemas. Hay, pues, una superioridad cognoscitiva, de orden fundamentalmente epistemológico, pero también pragmático y material, que pone a los investigadores "periféricos" en una aventajada situación cultural, a condición, ciertamente, de que dejen de lado las formas de mimetismo y servilismo que promueven los centros del poder cultural. Llevadas estas ideas al terreno de la crítica y la teoría literarias latinoamericanas, se hace evidente que el averiguar las formas de lo literario en América Latina no sólo es un acto de justicia cultural, en favor de los sistemas relegados, y un acto liberador, ligado a la vasta empresa de liberación económica y social del subcontinente, sino también un importante acto de contribución al orden universal del saber, que implica un cuestionamiento profundo de las formas culturales hegemónicas de las grandes potencias.

La enriquecedora concepción anterior libera al estudioso, sin duda, de la aplicación mecanicista y pasiva de los esquemas dependientistas, es decir, en nuestro caso concreto, de los modelos de teoría y crítica literarias forjados por el eurocentrismo cultural para el entendimiento de sus propios sistemas literarios. Los métodos y las técnicas de investigación literaria no son patrimonio exclusivo de una nación o de una cultura, pero están normalmente modulados por el fenómeno o sistema al que sirven y para el que fueron creados, y, como ha venido ocurriendo con la teoría y la crítica europeas, han sido formulados con pretensiones de universalidad. Es esa pretensión la que viene siendo cuestionada y desmontada por los estudios literarios "alternativos" del tercer mundo, y, en concreto, por el sector de los estudios literarios latinoamericanos que nos ocupa.

Es importante mantener ante esta tarea una perspectiva histórica. En las últimas décadas el pensamiento crítico literario se ha desarrollado con extraordinaria celeridad, y este desarrollo se ha visto impulsado primordialmente desde los centros europeos del poder cultural. Sociología de la literatura, estructuralismo, semiótica, deconstrucción, etc., han ido ampliando su radio de acción desde Europa hasta las Américas, informando de una u otra manera tanto el campo de la teoría literaria y crítica como la definición de su objeto. Pero la supremacía europea y norteamericana que parece imponerse en estos desarrollos no debe hacernos olvidar la existencia de un pensamiento crítico literario latinoamericano, que a lo largo de este siglo se ha manifestado en aportaciones fundamentales. La recuperación de este pensamiento se hace insoslayable si tenemos en cuenta que toda teoría se elabora en relación con su objeto, y que las producciones literarias latinoamericanas han sido o bien ignoradas o bien marginalizadas por la crítica europea y norteamericana que se circunscribe a una literatura integrada sólo por obras definidas como literarias a partir de criterios muy estrechos.

Sin minimizar la deuda que tienen con la teoría europea los teóricos; que, especialmente a partir de la década de los cuarenta, se esfuerzan en formular una teoría literaria desde una perspectiva latinoamericana, y las limitaciones que inevitablemente esa deuda lleva consigo, hay que tener presente a la hora de intentar nuevas formulaciones todo ese corpus teórico. Pero se hace indispensable ir más allá de las premisas que sustentan este discurso teórico, sorteando la trampa doble de su universalismo y reduccionismo característicos, y formulando conceptos, categorías e hipótesis que respondan a la realidad del campo de las literaturas latinoamericanas en toda su diversidad y complejidad.

En esa dirección se orientan ya algunos de los trabajos teóricos más recientes -Angel Rama, Nelson Osorio, Antonio Cornejo Polar, Hugo Achugar, Antônio Cândido, Carlos Rincón, por citar sólo unos pocos- y en ella se inserta decididamente toda una serie de trabajos críticos que desde Angel Rama hasta Alejandro Losada han abordado, en los últimos años, la crítica de las literaturas latinoamericanas y la reevaluación de su historia.

Aunque el proyecto de formular una teoría que aborde la diversidad del campo literario latinoamericano en toda su complejidad no es nuevo, se han ido produciendo a lo largo de los últimos años una serie de desarrollos que modifican el panorama general de los estudios crítico-literarios en su sentido más amplio, creando unas

condiciones particularmente favorables para la realización de ese proyecto. La validez del discurso cultural hegemónico y excluyente de las grandes potencias occidentales, tal como se ha definido y perpetuado a lo largo de tantos siglos de historia, se ve en estos momentos cuestionada tanto desde los centros del poder cultural como desde áreas calificadas tradicionalmente como periféricas. Amplios sectores cuyas voces han sido insistentemente silenciadas, cuyo mensaje se ha visto eficazmente borrado de la historia, reclaman su derecho a la palabra. Raza y género han pasado a ser dos conceptos fundamentales en una indagación cada vez más crítica, que revela con creciente nitidez el carácter mutilador de una historia cultural que se quiere universal cuando elimina todo aquello que no puede ser asimilado a una serie de criterios predefinidos por el poder cultural, o toda manifestación que constituya una amenaza a su supremacía genérica y racial. La presencia de las realidades subyugadas, distorsionadas o ignoradas por ese modelo de dominación cultural se impone con fuerza cada día mayor, a la vez que las formulaciones de corrientes como la crítica feminista articulan estrategias para su reinscripción en la historia, que pasan por una revisión radical del canon literario y una reevaluación profunda de la historia literaria.

Sin embargo, la redefinición profunda del campo de los estudios literarios latinoamericanos, y la realización de un proyecto que apunta a una revisión radical del canon y metodologías críticas, sólo puede llevarse a cabo desde una actitud crítica que elimine parroquialismos de todo tipo, borrando falsas oposiciones metodológicas. El proyecto al que apuntan estas páginas y, desde distintas perspectivas, los trabajos que siguen, no debe levantarse sobre el desconocimiento, la exclusión, ni el rechazo de los logros de corrientes de crítica de enfoque fundamentalmente formalista, textualista o inmanentista. Por el contrario, el desarrollo de técnicas de análisis y acercamientos textuales diversos, que esas corrientes críticas - desde la semiótica a la deconstrucción- han llevado a un grado de sutileza y sofisticación sin precedentes, debe ser incorporado en un proyecto que apunta a objetivos más amplios, pero que puede y debe beneficiarse en gran manera de aquellas metodologías del análisis de textos cuya complejidad y rigor pueden constituir una ayuda insustituible en el intento de sentar las bases para una reformulación del pensamiento crítico latinoamericano y de su objeto de investigación.

Hanover, New Hampshire, julio de 1988.